

tecimientos que no lo son, y en esta selección va ya implícita una actitud y un método que determinan en principio la autonomía del conocimiento histórico, en cuanto que lo importante que se elige es lo históricamente importante. Lo que es indiscutible, desde mi punto de vista, es la incertidumbre propia de la limitación del conocimiento histórico. Si conociéramos todos los hechos históricos aún podríamos determinar su proceso, pero conociendo sólo una parte mínima es muy difícil que podamos definir las estructuras o cualificar las conductas. En este sentido, la historia pertenece más a las ciencias sociales, dentro de cuyo campo posee una autonomía, pero al servicio de fines que afectan al bien concreto de la humanidad. El conocimiento histórico delimitase, pues; pero, al mismo tiempo, se condiciona en función a un fin más amplio.—E. T. G.

O'NEILL (Joseph E.): *The metaphorical Mode: Image, Metaphor, Symbol*, en «Thought», vol. XXXI, núm. 120. Primavera 1956, págs. 79-113.

La poesía moderna, abandonando viejos moldes, ha creado un estilo propio y, con ello, el menosprecio de las viejas fórmulas poéticas. Joseph O'Neill sólo trata de demostrar que aquéllas caen en desuso cuando una revolución espiritual ha alterado la metafísica de una cultura. Así, la poesía del siglo XVII era intelectual e ingeniosa; la del XVIII, formalista y decorosa, y la del siglo XIX, emocional y colorista, debido a la distinta visión del mundo que imperaba en esas épocas. El transcurso del tiempo hace que la poesía difiera únicamente por el acento, el énfasis con que destaca un elemento poético de los demás. La conexión entre metáfora, lenguaje y pensamiento es un hecho de carácter tan general que puede afirmarse, con algunos autores, que un examen fundamental de la metáfora es tanto como una investigación de la génesis del pensamiento, surge por ello la metáfora espontáneamente en el lenguaje. El proceso metafórico, lo mismo en el lenguaje que en el pensamiento, es un designio de la mente humana, no solamente para descubrir el mundo de la experiencia y de

la realidad, sino también para expresar, por medio de un acto de discernimiento imaginativo, el orden y armonía del universo.

La imagen poética consta de tres elementos, cuyo equilibrio varía, según las modas poéticas, aunque los tres elementos son indispensables para constituirlos; son éstos el sentimental, elemento vívido; el emocional, que produce la intensidad, y el intelectual, que determina la profundidad. Pero sobre estos elementos y para dotarlos de vida, se requiere una energía poética fuerte, es decir, la capacidad para provocar una respuesta externa que se producirá por un simple acto compuesto de una intimidad espiritual y una percepción física.

La imagen poética es esencialmente analógica en la metáfora, ya que es ésta expresión de la percepción de una analogía entre dos objetos que pertenecen a dos esferas diferentes del ser. La metáfora tiene sus límites; hay comparaciones analógicas que no son lícitas en poesía, lo mismo que hay palabras que no son poéticas. Aunque, en realidad, todas las palabras pueden ser empleadas en la creación de un magnífico poema. Hay un uso científico de las palabras, que extrae de ellas referencias, el uso emotivo hace destacar en ellas actitudes y emociones. Este segundo modo de usar las palabras es el que corresponde al poeta. El intelecto puede ejercerse por medio del método lógico: movimiento paso a paso de la causa al efecto, o por el método metafórico: sistema intuitivo, que se vale de la asociación, la memoria y todas las fuerzas escondidas del subconsciente.

Hay un simbolismo verbal, simple figura literaria, resultado de asociación arbitraria o percepción de similitud entre dos objetos y un segundo simbolismo que, basado en intuiciones de las relaciones fundamentales, interpreta el universo. El símbolo es figura superior al signo, que es mero indicador de relaciones conocidas.

Este artículo tiene interés grande por interpretar imágenes, metáfora y símbolo despojándolos de su aspecto formal de figuras retóricas y trata estas manifestaciones del pensamiento como algo vivo, con un contenido, con un sentido, en su función de partes del todo viviente que es el poema.—M. del P. M.